

COMPRE USTED MAÑANA  
el núm. 10 de la original publicación  
semanal de

**BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA**  
**LA NOVELA ÍNTIMA**  
**CINEMATOGRAFICA**

Contiene la biografía del simpático  
artista americano

**HARRY CAREY (Cayena)**

Numerosos datos y fotografías  
Regalo de una estupenda postal

Precio popular: 35 cts.

La exclusiva de venta de nuestras publicacio-  
nes la tenemos cedida a la **Sociedad**  
**General Española de Librería,**  
**Diarios, Revistas y Publicacio-**  
**nes, S. A.** — Barará, 16, BARCELONA.  
Ferraz, 21, MADRID, y Ferrocarril, 20, IRÚN.

E. VERDAGUER MOÑERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 174

25 cts.



LA MUJER QUE  
SE OLVIDÓ DE AMAR

POR  
JAMES KIRKWOOD,  
MARY ALDEN,  
ELINOR FAIR,

**Filmoteca**  
de Catalunya



**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Via Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 174

---

**LA MUJER QUE SE  
OLVIDÓ DE AMAR**

Interesante comedia dramática, in-  
terpretada por los célebres artistas

JAMES KIRKWOOD,  
MARY ALDEN, ELINOR FAIR, etc.

---

Producción LOEW - METRO

---

Selección «GALLO DE ORO» del Programa  
VILASECA & LEDESMA, S. A.

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
ROD LA ROCQUE



---

## LA MUJER QUE SE OLVIDÓ DE AMAR

---

Argumento de la película de dicho título

---

La acción de nuestra novela se desarrolla en el Oeste americano.

Todos los días, hasta sus tierras sencillas y patriarcales, llegaban los trenes neoyorquinos, portadores de las ventajas y de los inconvenientes de la refinada civilización lejana.

Un día, Enrique Trent, uno de los peleles que la ciudad arroja lejos de sí después de haberlos agotado físicamente y de haber anulado los resortes de su voluntad y de su dignidad, llegó a esas tierras oculto en los topes de dos vagones, y hubo de apearse en una de las estaciones del recorrido por haber sido descubierto, al fin, por un empleado de la Compañía.

El fracasado anduvo fatigosamente hacia la carretera del pueblo, y la cojera con que acompañaba sus lentos pasos era la consecuencia del destrozo que había sufrido la suela de sus botas, de tanto caminar errante, y del natural cansancio, al que se añadía el estar casi en

ayunas desde que emprendiera el éxodo hacia el olvido de su pasado.

A poco vió no lejos de sí un autobús que se llenaba de viajeros, los unos procedentes de trenes ascendentes, y los otros de trenes descendentes.

Trent aproximóse al vehículo, y al enterarse de que se internaba en la población, preguntó al conductor:

—¿Sabe usted si podría yo colocarme en alguna parte? Crea que lo necesito, señor.

—Vaya al rancho de Vicente Brewen, que está en el Valle del Oso. Allí seguramente le darán trabajo.

—¿Está muy lejos?... ¿Podré ir a pie?

—Con su cojera, no llegaría usted nunca... Lo mejor es que suba usted al coche, que lo conducirá allí mismo.

Reflexionó brevemente el interesado, tras de eso contó las monedas que quedaban en uno de los bolsillos de sus pantalones, apedazados, sucios y hambrientos de ambas rodillas, y haciendo una mueca y lanzando un suspiro, se decidió a sacrificar sus últimos recursos en pago del billete que le correspondía tomar para trasladarse al rancho que le había sido indicado.

Poco antes de embragar el coche, acomodáronse en él dos pasajeros más, a saber: María Jamesson, la sobrina huérfana de la persona más influyente del Valle del Oso, y Vicente Brewen, que poseía el segundo rancho en importancia del valle, aunque aplastado por el



peso de las hipotecas. A pesar de lo comprometida que estaba su fortuna, era hombre de los de pelo en pecho y le gustaba demostrarlo, se presentase o no se presentase la ocasión.

Tan pronto se sentó María en uno de los bancos laterales del autobús, un buen viejo, más tenorio que el clásico, se puso a su lado, quedando de esta suerte, la preciosa niña, en tre Trent y aquél.

María no había reparado o no había querido reparar en la cara de miseria de Trent, ni en lo sucio que iba. Sin embargo, Trent, cuando ella se sentó junto a él, se corrió cuanto pudo a fin de evitar que sus ropas pudieran rozar las de María, finas, limpias y olorosas.

El vejete de marras, que en el fondo era un inofensivo admirador de la mujer, por el solo hecho de ser mujer, dedicó algunos piropos de su vasto repertorio a María, y a continuación se interesó por el resultado de su viaje a la ciudad.

—¿Qué tal le ha ido por la ciudad, María?  
¿Cuántos corazones lleva usted destrozados?  
¿A que ha perdido la cuenta?

—No sea usted burlón, tío Jeremías.

—Pero, hija, con esa cara que Dios te ha dado, no me digas que no aniquilas a todos los mozos que te ven.

Cuando Brewen subió en el coche, la presencia de María llamó poderosamente su atención, y sin encomendarse a Dios ni al diablo indicó al tío Jeremías que le dejase libre el sitio que ocupaba al lado de ella, a lo cual, de muy

mala gana, accedió el buen viejo, que conocía de sobra, como todos, las malas pulgas del rancharo.

María no vió con agrado el cambio de vecino, y mucho menos cuando Brewen, acercándose sin recato a ella hasta obligarla a correrse más hacia Trent, trató de conversar acerca de su viaje a la ciudad, pidiéndole cuenta de lo que en ella había hecho.

Tanto se acercó Brewen a la muchacha, que Trent, a su vez se empujó hacia el extremo del banco, hasta que, no pudiendo comprimirse más, decidió librar a María del importuno, haciéndolo al propio tiempo de sí mismo, y, levantándose rápidamente, cedió su puesto a la joven, sentándose él en el de ella conteniendo el empuje del inculto rancharo para asegurar a María un holgado sitio.

La generosa y enérgica acción de Trent obtuvo gran aceptación entre los demás pasajeros, que se rieron a escondidas del desconsiderado sujeto.

Brewen hubiera abofeteado de buena gana a Trent, mas se contuvo por instinto de prudencia, pues el desconocido le hacía frente sin inmutarse.

En tanto, el autobús seguía rodando por la carretera camino del poblado, y al llegar cerca del Circle Ranch, propiedad de la tía de María Jamesson, y que era la posesión más importante del Valle del Oso y de sus alrededores, María se apeó, después de saludar, de nuevo, muy sonriente, a Trent.



Brewen, antes de que María desapareciera de su vista, se permitió decirle, enojado con ella por el desdén con que siempre le trataba:

—Anden con cuidado, pequeña, que el día que se me hinchen las narices, usted y su tía van a tener que sentir...

María miró con indiferencia al ineducado, y volvió a sonreír a Trent.

El autobús reemprendió la marcha, y el tío Jeremías, tal vez con intención de mortificar a Brewen, dijo a éste, como si a lo que le había hecho antes no le hubiese dado la menor importancia:

—¿Verdad, Brewen, que Matilde Jamesson es la mujer de más peso del valle?

Antes de que el interesado pudiera responder, Trent, extrañado de lo que acababa de oír, dijo, a su vez, a Brewen:

—¿De modo que es usted Vicente Brewen?

—Yo soy... ¿Por qué le interesa saberlo?

—Hasta este momento creía que iba usted a ser mi amo, pero acabo de cambiar de pensamiento. ¡*Chauffeur*, haga el favor de parar!

Brewen quedó como quien ve visiones, y el resto de los pasajeros celebró la nueva salida del desconocido.

Ya en tierra, Trent pensó que no le quedaba otro recurso que ir a pedir trabajo en el Circle Ranch, ignorando que iba a encontrar de nuevo a la linda joven.

Matilde Jamesson, “la mujer de más peso del valle”, como decían todos los que la envidiaban o la admiraban, había merecido ese ape-

lativo a causa de sus incontables talegos de oro o de sus millares de cabezas de ganado.

Para Matilde no hubo en la vida más que dos cosas: ambición y trabajo; y dedicando a ellas todo su tiempo y toda su atención, se olvidó de que pasaban los años sin que el Amor llamase a las puertas de su alma.

Matilde era ruda en sus manifestaciones de satisfacción o de disgusto; y por esa razón no era de extrañar que al volver María a su lado procedente de la ciudad, no le dispensase un recibimiento caluroso, sino completamente frío, cual si no hiciera más que una hora o dos que había dejado de verla.

Nada más natural, pues, que María encontrase a faltar en su vida el aliento que da el fuego del verdadero cariño, y que ansiase encontrarle para ser feliz.

—¿Así que te ha gustado ir a la ciudad? Me alegro... Y déjame ahora, que estoy muy ocupada.

En el Circle Ranch, Toribio, el gordo, y Melitón, el flaco, representaban el espíritu de contradicción.

A esos dos simpáticos personajes, que siempre estaban a la greña, se dirigió Trent en demanda de trabajo.

Toribio le aseguraba que sería complacido; en cambio, Melitón, aunque en su interior deseaba lo mismo que Toribio, dijo a Trent que era mejor dirigirse al capataz del rancho.

Disputáronse un momento los dos “enemigos”, y Toribio salió victorioso, pues prescin-



dió de acompañar a Trent a presencia del capataz, y lo condujo ante Matilde.

—Dispense usted, patrona... pero aquí, el buen hombre, desea trabajar... Yo le dije que



—En el Circle Ranch, Toribio, el gordo, y Melitón, el flaco, representaban el espíritu de contradicción.

aquí le darían trabajo... claro que sin contar con usted, patrona...

Matilde respondió, con reproche, a Toribio:

—¿No sabe usted, Toribio, que en esta casa

no quiero recomendaciones? No hay trabajo para usted, buen hombre...

Trent, humildemente, suplicó a Matilde que le escuchase, y así se explicó:

—Pero, señora, ¿a quién iba a dirigirme?... Por favor, déme usted trabajo... yo le aseguro que no tendrá queja de mí...

Como Matilde se negaba aún a ello, Trent prosiguió:

—No debe usted negar eso a un pobre hombre... usted, que es la persona más importante del valle...

Toribio apoyaba con la mirada triste clavada en Matilde la súplica de Trent, y, al fin, ella aceptó darle albergue y medio de ganarse la vida en su rancho.

En aquel momento presentóse en el despacho de Matilde, el capataz del rancho, Eduardo Carey, que aspiraba a ser algo más que un simple *cow-boy*.

Al oír, Eduardo, que la propia Matilde aceptaba a su servicio a Trent, se permitió hacer el siguiente comentario, después de mirar de arriba a abajo al desconocido:

—No debía usted hacer caso a todos los vagabundos que se acercan a este rancho, patrona.

Y, a cambio de su opinión, recibió esta buena réplica de la patrona:

—Guarde sus opiniones para cuando se las pidan, Carey. Por ahora, para todos mis asuntos, me basto yo sola.

Ni que decir tiene que Carey no insistió, ni



podía insistir, pues Matilde mandó que se retirase; y ésta dijo al que le había presentado a Trent:

—Los cerdos aun no han comido hoy, Toribio. Enséñele a este hombre lo que hay que hacer.

Trent no protestó al enterarse de las humildes ocupaciones a que tendría que dedicarse, y se hizo indicar el sueldo de que disfrutaría a cambio de ellas.

—El sueldo es de cuarenta dólares al mes—respondió Matilde.

Y Trent, resignado, conformóse, empezando su trabajo sin dilación.

Preparada la alimentación de los cerdos, salió al patio y su sorpresa fué agradabilísima al encontrarse su vista con la de María, que también se alegró de volverle a ver.

—¿Cómo, usted aquí? ¿Por qué no se apeó del coche cuando yo lo hice?

—La casualidad me ha traído aquí, señorita... y crea que lo celebro.

—¿Por qué lo celebra?

—...Porque... así... ya no me encontraré tan extraño.

Los cerdos esperaban ansiosos la comida, pero ésta, sostenida torpemente por Trent, se desparramó por el suelo, y los marranos armaron una gran revolución.

Aquella noche, Trent contemplaba el valle en el silencio de las tinieblas, entregado a melancólicas divagaciones.

Los *cow-boys*, en el dormitorio común, estaban bien dispuestos para hacerle pagar la novatada al recién llegado, al estilo de los veteranos a los quintos cuando éstos ingresan en el cuartel.

Uno de aquéllos, José Winger, unía a su profesión de *cow-boy* la más solemne de sacer-



*Todos los cow-boys hallábanse reunidos en dicho dormitorio, cada cual disimulando la curiosidad de que estaba poseído...*

dote protestante, pero, a pesar de ello, no se oponía a ninguna broma que los demás compañeros quisieran hacer a quienquiera que fuese.

Todos los *cow-boys* hallábanse reunidos en dicho dormitorio, cada cual disimulando la



curiosidad de que estaba poseído, y, así, Trent no pudo sospechar lo que se tramaba contra él. Sin embargo, una maliciosa sonrisa de Toribio, sorprendida a tiempo, lo puso alerta, y como vió que las ropas de la cama que le había sido destinada se movían, aguló la "fiesta" a los despreocupados compañeros, arrojándoles a la cabeza todos los objetos y varios sapos y un erizo que había debajo de dichas ropas.

El capataz, a quien Trent no había caído en simpatía, se indignó, pero como vió que el nuevo empleado no era de los que se dejan dominar por nadie ni estaba dispuesto a soportar ninguna broma de mal gusto, lo dejó en paz.

Y, después de seis meses de dar comida a los cerdos, hacer mantequilla y partir leña, Enrique Trent había dejado de ser un pelele para convertirse en un hombre... un hombre que empezaba a hacer suspirar a la linda María Jamesson.

Tan era así que, todos los días, en la mayor intimidad, Trent y María departían juntos batiendo los dos la leche para convertirla en mantequilla... olvidándose algunas veces de su trabajo para decirse cuatro mimosas palabras.

Esos amores eran ignorados por todos.

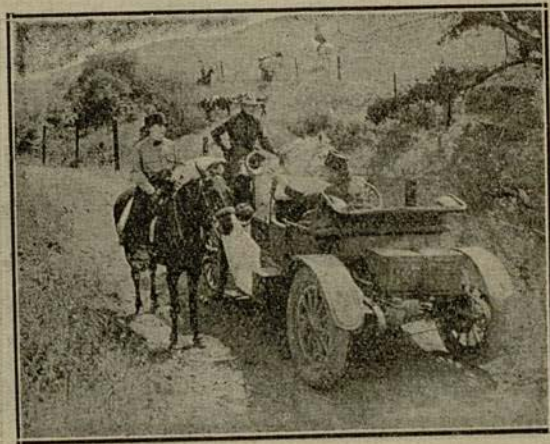
Un día, paseando Matilde con el capataz de su rancho por la carretera del poblado, Brewen la encontró yendo él en *auto*, y se detuvo para decirle con la mayor indignación:

—¡Ya sé que ha comprado usted la hipoteca de mi rancho... ¡pero no se quedará con él... no se quedará!

Matilde no hizo el menor caso a su enemigo, y siguió adelante, encendiéndose de cólera el apurado propietario, que exclamó ofensivo:

—¡Bruja! ¡Así cualquiera es "la mujer de más peso del valle"!

Trent, que se encontraba muy a gusto en compañía de María, advirtió, de súbito, que



—*¡Ya sé que ha comprado usted la hipoteca de mi rancho... pero no se quedará con él... no se quedará!*

una parte del rancho lindante con la carretera ardía. Brewen había sido quien, arrojando una cerilla encendida sobre la hierba, había provocado el incendio, y que le vió iniciarse, sin detenerse, por instinto de venganza, a evitar su propagación.



Apresuradamente, Trent fué a avisar del hecho a Matilde y al capataz, que acababan de llegar al pie de la casa, y luego a los *cow-boys*.

—¡Pronto, muchachos... pronto, o arde todo!

En su deseo de llegar cuanto antes para sofocar el incendio, Trent montó el primer caballo que le vino a mano, recayendo la suerte



*Pero Carey, envidioso de los elogios que había recibido su subalterno, intentó castigarlo...*

en el del capataz.

Matilde siguió de cerca a Trent, y el capataz hubo de buscar otro caballo para hacer lo propio que los muchachos para coadyuvar cuanto antes a la extinción del voraz elemento.

Trent se portó admirablemente, causando la

admiración de Matilde, que le felicitó al ser vencido el fuego.

Pero Carey, envidioso de los elogios que había recibido su subalterno, intentó castigarlo por haber montado su caballo sin recabar antes su permiso.

Matilde riñó severamente a Carey, y éste,



*...y Matilde, curándolo, comprobaba por sí misma que no era tan hombruna como parecía; que sus manos...*

furioso, asestó alevosamente un golpe de fusta a Trent, que cayó herido.

Entonces, Matilde, en un impulso de justicia, castigó a Carey de esta suerte:

—Carey, desde ahora mismo deja usted su



cargo de capataz, para ser solamente un *cow-boy*, como era antes. Tiene usted demasiado orgullo y una brutalidad excesiva para tratar a la gente.

Trent fué conducido a la casa, y Matilde, curándolo, comprobaba por sí misma que no era tan hombruna como parecía; que sus manos rudas de amazona sabían convertirse en manos dulces, de novia o de madre.

María adivinó la ternura que invadía el alma de su tía, y los irreprimibles celos que sintió al momento hicieronle ver de un modo patente cuán grande era el amor que ella—María—sentía por Trent. Y cuando su tía la dejó sola con el herido, éste volvió en sí como reanimado por el contacto amado de la dulce criatura, y fundiéronse sus ansias en frenéticos besos.

Otros meses pasaron, que fueron consolidando a Enrique en su situación, y llegó la época de mayor actividad en la vida del rancho: los días en que se efectuaba la separación de las reses para ser enviadas a distintos mercados.

Matilde Jamesson empezaba a ver en Trent algo más que el hombre trabajador que defendía bravamente sus intereses; veía en él la realización de un sueño lejano de su juventud...

Trent acababa de devolver al rancho una res que se había desmandado, y reunióse con Matilde, en el campamento de vigilancia, tendiéndose a descansar.

—Estamos ya en el tercer día, patrona, y la cama, aunque sea dura, viene de primera.

—Sí, Enrique, ha trabajado usted de firme.

—Gracias, patrona... Y buenas noches.

Y Trent se durmió... y Matilde, ensimismada en sus pensamientos, soñó lo que quisiera que fuera la realidad.

*...Trent, al hacer un movimiento su cuerpo, había cogido en la suya una mano de Matilde.*

*La patrona, emocionada, no rechazó el agradable contacto... y besó dicha mano.*

*El beso despertó a Trent, que, incorporándose y alcanzando a Matilde, que se había alejado un tanto de él, confesóle algo que tenía guardado en su corazón para ella.*

*—Si no hubiera sabido esta noche que usted se interesaba por mí, habría guardado mi secreto en mi corazón... porque yo también la amo a usted, Matilde.*

*Y la patrona, llena de felicidad, se abandonaba a las caricias de Trent...*

Pero la realidad no era esa... para desventura de Matilde, que al despertar vió a Trent profundamente entregado al descanso reparador de sus cansadas fuerzas.

Y aun en sus oídos sonaban las palabras pronunciadas, durante su sueño, por Trent:

*—Comprenda usted... yo no podía decirle nada... ¡Está usted tan por encima de mí!... Ahora ya sabe usted por qué he trabajado tanto, por qué me he negado a descansar cuando todos, muertos de fatiga, dormían en el rancho...*

Y Matilde hacía votos por que, algún día, su ilusión se trocase en hecho real.



En la gran calma de aquella noche, creía Vicente Brewen haber encontrado la ocasión propicia para satisfacer su venganza. Habiendo conseguido introducirse en el rancho, colocó una bomba junto a los millares de reses, y a poco ésta estalló, produciendo el apetecido resultado, es decir, la fuga del ganado en loca desbandada.

Trent, Matilde y todos los *cow-boys* trabajaron penosamente por contener a las desmandadas reses, consiguiéndolo tras de algunas horas de enormes esfuerzos, defraudando así los criminales propósitos de Brewen.

Pasó la época de actividad en el rancho y llegó, solemne como siempre, el cumpleaños de la patrona.

Todos los vecinos y amigos de Matilde se reunieron en su casa, siendo uno de los primeros el tío Jeremías, el tenorio, acompañado de su séptima u octava esposa, una dama de alta categoría... si se miraba su estatura.

Un día tan señalado, Carey, el ex capataz del rancho, se presentó a la patrona, y le dijo misteriosamente:

—Vea si le falta dinero de la caja... He visto que Enrique Trent ocultaba un bulto en su cama y además he oído decir que piensa marcharse esta noche.

—¿Cómo se atreve usted, Carey, a dudar de la honradez de Trent?

—Perdone, patrona... pero haga el favor de mirar la caja...

Matilde abrió su caja de caudales, y, en

efecto, encontró a faltar una buena cantidad de dinero.

—Esto es muy extraño—dijo—. No puedo dudar de Trent... y sólo él conoce la combinación.

—¿Lo ve usted? Cuando yo decía que no me inspiraba confianza...

—Debo admitir que él robó el dinero... a menos que otro, aprovechando el momento en que yo le llamé cuando andaba en la caja de caudales, haya sido lo bastante listo para robarlo y echarle a él la culpa.

—¿Quién pudo haber sido, patrona? Yo podría responder de todos los demás, pero de Trent no.

—Bien. No hablemos más. Cuando se termine la comida, haga venir a los muchachos, y delante de ellos y de Trent repetirá usted su acusación.

Carey aceptó acatar las órdenes de la patrona, y descontaba que Trent sería castigado ejemplarmente por su mala acción.

Sin embargo, Matilde no podía creer en la culpabilidad de Trent, a quien amaba cada día con nuevos bríos, y no sospechaba de otro más que del propio Carey. Después de la comida se sabría la verdad.

Trent llegó a presencia de Matilde al tiempo que Carey se reintegraba al lado de los demás *cow-boys* que esperaban la hora de sentarse a la bien provista mesa, y con gran contento le dijo, entregándole un documento:

—¡Ya es de usted el rancho de Vicente Bre-



wen! El pobre hombre quería armar escándalo, pero le obligué a oír, ver y callar.

—Bien, Enrique. Es usted un hombre muy inteligente. Haga el favor de depositar usted mismo el documento de traspaso en la caja de caudales.

Trent cumplió el mandato, y como Matilde



—*Bien, Enrique. Es usted un hombre muy inteligente.*

no observó en él el menor gesto sospechoso tanto al abrir como al cerrar la caja, se afirmó en que no era ladrón el hombre amado.

La anhelada hora del festín sonó para todos, y, a satisfacción de todos, principalmente de María, y exceptuando a Carey, Trent, por de-

seo de Matilde, se sentó en un extremo de la mesa, de la que ella ocupaba el otro: sitio de honor.

Hacia los postres, Matilde dirigió la palabra a sus invitados, visiblemente emocionada:

—Nuestro rancho se ha agrandado, amigos, pues acabo de quedarme con el de Vicente Brewen...

Una ensordecedora ovación coronó estas palabras.

—También quiero anunciaros — prosiguió Matilde—que ya he elegido capataz para mis dos propiedades...

Expectación. Carey fiaba en su triunfo.

—Es un hombre bueno, trabajador y merecedor de más alto cargo que el que hasta ahora desempeñaba...—continuó Matilde.

Los ojos de María se iban tras de Enrique, deseando que el nombramiento recayese en él.

Los invitados esperaban anhelantes oír el nombre del agraciado.

—Su nombre es Enrique Trent—pronunció con cierto esfuerzo Matilde.

Si las primeras palabras de Matilde merecieron el unánime aplauso de la concurrencia, las últimas hicieron desbordar el más grandioso entusiasmo. Trent era el hombre bueno, el hombre ideal para tratar a sus compañeros sin tiranía. Era el hombre simpático por excelencia.

María ocultaba las lágrimas que brotaban, alegres, de sus lindos ojos... y Matilde, ante las efusivas felicitaciones que recibía el hombre



amado, sentía que su alma goteaba de dicha.

Trent, también emocionadísimo, contestó al honor de esta manera, sin molestarse a mirar a Carey, que se fundía de despecho:

—Amigos míos: he viajado bastante, he visto el mundo en muchos aspectos, pero jamás había pensado que pudiera haber una propie-



*Trent era el hombre bueno, el hombre ideal para tratar a sus compañeros sin tiranía. Era el hombre simpático por excelencia.*

dad tan bien administrada como ésta, ni un amo al que se sirviera con tanto placer como la patrona...

Bajo un cielo cargado de nieve, María había espionado, fuera de la casa, la salida de los

invitados, impaciente por hallarse a solas con Enrique Trent.

Este no se hizo esperar, y después de abrazar con toda su alma a su amada, le dijo:

—Tu tía está esperando para verme con Carey y los muchachos... Yo le he pedido para antes de la reunión una entrevista de cinco minutos, y así podré decirle a solas lo que te quiero... para que podamos casarnos tú y yo sin más demora...

María, medrosa, se estrechó contra el noble pecho de Enrique, y le contestó:

—No le digas nada todavía, Enrique, créeme... Esta comida de hoy ha sido en realidad para ti, para recompensarte por tu trabajo de estos últimos meses... Ella quiere tenerte a su lado...

—¿Eso qué tiene que ver, María? Mi matrimonio contigo no es un obstáculo.. Todavía será un aliciente más para impulsarme al trabajo.

—No entiendes lo que quiero decirte... Mi tía es mujer, nunca se había fijado en ningún hombre... y tú quizá has despertado su corazón...

—¿Qué dices, María? ¿Es posible?

—Sí, Enrique... Ve... Háblale de nuestro amor... Pero no le digas de pronto la verdad... Hazle comprender que no podías dirigirte a ella por la gran distancia que os separa... y que te decidiste a declararte a mí...

—Lo haré como tú me aconsejas, pero yo hubiera preferido la lealtad. Lo menos que se



puede hacer con una mujer como tu tía es hablarle con el corazón en la mano.

Y Trent, a poco, reuníase con la patrona, cuyos ojos brillaron con amor.

—Usted siempre me interesó mucho, patrona... pero estaba usted demasiado alta para mí... Por eso... por eso, mientras ponía toda mi voluntad en trabajar para usted, le dije a María...

Matilde interrumpió a Trent, incurriendo en el error de creer que lo que él había dicho a María era que estaba enamorado de ella—Matilde—, y respondió sinceramente:

—Gracias, Enrique... estoy emocionada... Había pensado en este momento, pero creía que no llegaría nunca.

Tras de estas palabras, Matilde buscó a su sobrina, y preguntóle, dando muestras de intensa alegría:

—María, te he querido siempre como a una hija... María, dime... ¿es verdad?... ¿es posible que sea verdad?...

—Sí, tía, sí, es verdad...—respondió María sin saber ciertamente lo que contestaba.

—¿Entonces tú no encuentras ridículo que sea su esposa... aunque soy ocho años más vieja que él?...

María, turbada, no osó decir a su tía la terrible verdad.

—¡Y yo, que a fuerza de trabajar, de correr tras del dinero, había acabado por creer que no tenía corazón!... Me había olvidado de amar, María... pero todavía no es demasiado

tarde... ¿Verdad que no es demasiado tarde?

Enrique, que había seguido a la patrona extrañado de su brusea partida, oyó las palabras que ella había pronunciado en último lugar, y noblemente dispúsose a revelar la verdad.

—Patrona, no me ha entendido usted... Yo quería hacerle comprender, por un camino es-



—Gracias, Enrique... estoy emocionada... Había pensado en este momento, pero creía que no llegaría nunca.

túpido, que es a María a quien amo.

María, temerosa de que la ira que el desengaño produciría a su tía se descargase sobre ella y sobre Enrique, negó que éste la quisiera.



—No es cierto, Enrique... Tú dices eso porque ella está demasiado alta para ti.

Pero Trent no se arredró ante el verdadero amor, y dijo, abrazándose a María:

—¡No! ¡No! ¡Te quiero... te quiero desde que vine aquí, y así debía habérselo dicho a ella, con lealtad, como se habla a las personas de bien!

Y, dirigiéndose a Matilde:

—Patrona, yo la admiro a usted más que a nadie en el mundo... pero quiero a María... en el corazón no se manda. Por ella trabajé más que todos en el rancho... para ganarla a fuerza de puños. ¿Nos perdona, usted, verdad, patrona?

Matilde, toda a su despecho, rechazó la mano que le tendía Enrique, y echó a andar hacia la casa, cerrando bruscamente la puerta sobre él y María.

—¿Qué has hecho, Enrique, qué has hecho?... ¿No sabes que estás perdido si te pones enfrente de mi tía?... Es con ella con quien debes casarte... Aun no es demasiado tarde...

—¡Nunca, María! ¡Yo te quiero a ti!

El simpático criado chino de Matilde llamó a María, con quien su tía quería hablar a solas.

Más tarde, Enrique fué avisado por el mismo criado de que la patrona quería hablarle, y al llegar a presencia de Matilde, aquél encontróse con que todos sus compañeros estaban con ella.

Y así habló Matilde delante de todos, con suma gravedad:

—Muchachos: el dinero de vuestros salarios ha sido encontrado en la cama de Trent... Por lo visto intentaba fugarse esta noche... en compañía de mi sobrina.

Acicateados por Carey, los *cow-boys* hicie-



—Llévadlo a vuestro dormitorio y apaleadlo como a un perro... y cuando hayáis terminado con él, quitadle todo y dejadlo en medio del camino.

ron además de abalanzarse a Trent, para castigarlo como tan denigrante acción merecía, y Matilde les dió ánimos para hacerlo:

—Llévadlo a vuestro dormitorio y apalead-



lo como a un perro... y cuando hayáis terminado con él, quitadle todo y dejadlo en medio del camino. Que se vaya tan miserable como vino. ¡Usted, que lo odia, emplee esto, Carey!

Y Matilde, ciega de ira, entregó al ex capataz un látigo para que con él fustigase las carnes de Trent, cuyas protestas de inocencia cayeron en el vacío.

Los *cow-boys* condujeron a Trent al dormitorio común, y allí se disponían a cumplir la sentencia, cuando el culpado injustamente les dirigió la palabra en estos términos:

—Amigos, no voy a deciros que no cogí el dinero, porque las apariencias me condenan... pero sé que sois justos y todo lo que pido es justicia... Sois doce contra uno... Evitadme la humillación de ser azotado y, puesto que se trata de castigarme, dejadme luchar con vosotros, uno por uno, hasta que no pueda levantarme.

La proposición de Trent levantó ligeras protestas ahogadas por la aprobación de la mayoría. El que mayor oposición hizo a ello fué Carey.

Y Trent luchó con uno, dos, tres compañeros, y sin duda hubiera casi perecido a manos de Carey—que cuando empezó a luchar con él lo encontró ya indefenso—, si Ling, el criado de Matilde y cocinero del rancho no hubiese revelado, a tiempo, sobreponiéndose al miedo que le inspiraba Carey, que éste era el ladrón del dinero.

—¡Mi saber quién robó el dinero! ¡Mi saberlo bien! ¡Es Carey!

Y en apoyo de su revelación, Ling dijo haber visto a Carey cuando ocultaba el dinero robado debajo de las ropas de la cama de Trent.

Trent fué libertado, ¡cómo no!, y, tamba-



Y en apoyo de su revelación, Ling dijo haber visto a Carey cuando ocultaba el dinero debajo de las ropas de la cama de Trent.

leándose, como un beodo, dirigióse a casa de Matilde, en quien los remordimientos luchaban con el despecho.

—¿Dónde está María?—preguntóle Trent.



—Echele un galgo... A pie va por la nieve... La he arrojado de casa y no quiero saber más de ella. Y usted, ¡váyase de aquí! ¡Carey ocupará desde ahora su cargo!

—Va a ser un poco difícil, porque los mozos acaban de echarlo del rancho. Es él el ladrón del dinero.

Trent no dijo más. Sin importarle su dolor, montó un caballo y se lanzó en persecución de María, llamándola a todos los ecos, mientras Matilde, comprendiendo su error, y la nobleza de que siempre dió prueba Enrique, deseaba reparar el mal causado en un momento de indignación.

María, azotado su rostro por la nieve, y su alma por la amargura del sacrificio de renunciar a Trent para que pudiera ser feliz con su tía Matilde, se detenía en su caminar errante a la puerta de la casa de Brewen, el cual, al verla, creyó llegada la hora de su venganza.

Trent, guiado por la luz que refulgía en el interior de la cabaña de Brewen, miró hacia adentro a través de la ventana de cristales, y como vió al miserable intentando atropellar a su amada, se apresuró a llevarle socorro.

Pero Brewen, aprovechándose de la debilidad de Trent, se apoderó de él, y le habría hecho pasar un mal rato de no haber llegado a la cabaña, poco después, Matilde y el *cow-boy* que era, a la vez, sacerdote protestante y su amigo.

—Por lo que me ha parecido oír, usted desea casarse con mi sobrina, ¿no es verdad?—

dijo Matilde a Brewen, que, en efecto, había dicho a María que la obligaría a ser suya y no de Trent.

Brewen respondió afirmativamente, y Matilde, en vista de ello, dijo a su acompañante, el sacerdote:

—Winger, usted que es cura, ¿recuerda de memoria la ceremonia del matrimonio?

—Puedo salir perfectamente del paso. ¿A quiénes tengo que casar?

María se había abrazado a Trent, presa de una angustia mortal, que desapareció al oír la respuesta de Matilde a la pregunta del pastor:

—A mi sobrina... con el hombre que ama.

Brewen tuvo la osadía de poner el grito en el Cielo, encargándose el pastor, por orden de Matilde, de encerrarlo en la cuadra.

La boda se efectuó en el acto, con gran alegría por parte de los enamorados, y con gran contento y dolor, a un mismo tiempo, por parte de Matilde.

Después de la ceremonia, Matilde dijo a Trent, que, lo mismo que María, le agradecía su bondad:

—He aquí mi regalo de boda para usted y María: será usted mi socio en el Circle Ranch.

Los tres estaban muy emocionados, y abrazando a los dos fieles amantes, Matilde musitó, a través de lágrimas y sonrisas:

—Soy una pobre vieja que cometió en su juventud la tontería de olvidarse de amar...



Ahora voy a ver si sé ser madre, ya que no puedo ser esposa.

FIN

Prohibida la reproducción.

Reservados todos los derechos. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda permitida la impresión en su totalidad.

PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental producción LOEW-METRO

## MUÑECOS DEL DESTINO

Creación de las bellísimas hermanas  
EVA y JANE NOVAK  
y del simpático actor CULLEN LANDIS

ÉXITO SORPRENDENTE

Postal-fotografía-regalo: EDYTHE CHAPMAN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles en toda España.

Precio: 25 cts.

¿HA COMPRADO USTED YA

el 15.º libro de la BIBLIOTECA *Los Grandes Films*  
de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA?

Contiene el argumento de la preciosa película

## TERESA DE UBERVILLES

Creación de las grandes artistas

BLANCHE SWEET, CONRAD NAGEL,  
STUART HOLMES, etc.

64 páginass

Numerosas fotografías

Precio popular: 50 cts.